



MAÑANA DE REYES

Un diente de león es una flor amarilla que al madurar se convierte en una fascinante estructura. Basta un soplo sobre ella para que sus semillas vuelen suavemente. Pedir un deseo al soplar un diente de león siempre ha sido asociado a la infancia, igual que los Reyes Magos. Y sobre algo que me ha sucedido en el día de Reyes Magos hablaré en este primer soplo sobre un diente de león.

En la víspera, la tarde del cinco de enero, fui a ver la Cabalgata de Reyes. Las calles de mi ciudad estaban llenas de niños con sus familias, esperando ansiosos que pasaran las carrozas. Habían puesto unas vallas amarillas que delimitaban el acceso del público. Tuve la idea de subirme en una placeta con césped y flores, con la idea de que tendría mejor visibilidad entre la multitud. Delante de mí había un hombre con gafas y coleta que aguardaba fumando nervioso. Cada bocanada de humo caía sin piedad sobre un grupo de niños que esperaban junto a la valla. No sé en qué momento, me di cuenta de que sus pies estaban sobre las flores de pensamiento recién plantadas. Sentí horror. En mi ingenuidad pensé advertirle, pero él se percató de mi mirada y me gritó:

- No me mires más. Sí, las estoy pisando. Lo sé. Y voy a seguir haciéndolo.

Tanto su tono como su actitud eran demasiado agresivos para una réplica. Los de alrededor me miraron incómodos. Tratando de aparentar calma le contesté:

- Lo que estás haciendo queda en tu conciencia.

Mis palabras encendieron su ira, empezando con una sarta de despropósitos que acabó en un discurso contra el Ayuntamiento. Temiendo lo peor, le dije con frialdad:

- Esta conversación se ha acabado.

Y miré hacia otro lado. Parece que se apaciguó, pero siguió fumando y pisando las flores con total impunidad. Afortunadamente los Reyes pasaron pronto. Por unos instantes, dudé entre irme o mantener el tipo sin moverme de mi sitio. Al final, en un heroico gesto de dignidad, opté por lo segundo. No fue fácil: aquel hombre estaba delante de mí y era inevitable verlo haciendo fotos, pidiendo caramelos y abrazando a sus hijos, como un padre normal. En algún momento ambos nos relajamos y él se olvidó de mí y de las flores. Y yo de él y de sus gritos.

Mientras caminaba de regreso a casa, estuve pensando si había obrado bien. ¿Qué derecho tenía yo a decirle a aquel hombre que estaba actuando mal? Algo dentro de mí murmuró: “eres haijín; eres consciente de la fragilidad del mundo”.

Con esta experiencia, me acosté con una pequeña carga en el corazón y hoy me he levantado temprano. Es esta una mañana fría de niebla, tan espesa que no puedo ver la casa de enfrente. Mientras bebo un chocolate caliente, escucho los gritos de alegría de los niños del vecindario al encontrar sus regalos. Yo no he esperaba nada y, sin embargo, en esta mañana de Reyes he hallado mi epifanía, mi revelación.

Hay un capítulo de “Doctor en Alaska”, la mítica serie de los ochenta, en el que Chris Stevenson habla en la radio de cómo él, cuando tenía siete años, experimentó su propia epifanía al oír hablar a su perro. La mía ha consistido en entender cómo el haiku llena mi vida, dotándola de sentido. Cómo hace mi experiencia más plena, más intensa y me concilia con el mundo: lo bueno y malo que hay en él, permitiéndome aceptarlo.

Cada uno tiene derecho a recibir un regalo en el día de Reyes, así que espero que todos hayan encontrado bajo su árbol o sobre él o incluso dentro de sí mismos algo que les haya hecho una ilusión especial.

Mis gatos duermen en sus cestos. La casa está en silencio. Mientras escribo, el árbol de navidad se va cubriendo de sol.

Epifanía.

Se derrite la escarcha

de las violetas.

© **Toñi Sánchez Verdejo (diente de león)**